

# "JOSELITO Y YO"

de **DINO ARMAS**

**EL** - Tengo que confesarles que yo creo en los milagros y en la justicia divina. Y eso que soy muy ateo, gracias a Dios. Pero a mí el milagro y la justicia divina se me dieron. Para que me puedan entender, les tengo que contar mi vía crucis. Mi abuela era una gallega que vino a hacerse la América. La nona, a pesar de vivir, casarse, tener hijos y nietos en Uruguay, jamás perdió su acento y su corazón latía como una castañuela que repicaba al son de la España de Franco, de Carmen Sevilla, de Lola Flores y de ... *(pausa larga y después de un hondo suspiro)* ... de Joselito. Joselito, ese niño que cantaba: *(lo puede cantar o decir)* "Una vez un ruiseñor con las claras de la aurora..." *(va subiendo en su rabia)* Joselito, ese niño perfecto, pulcro hasta dar asco, bien vestidito, peinado con raya al costado y sin un pelo fuera de su lugar, era todo lo opuesto a mí. Yo era un pibe de barrio, bien reo, con voz de barítono y con todos los pelos parados que nunca ninguna gomina "Glostora" pudo aplastar. Y ahí estábamos los dos. Mejor dicho, los tres: Joselito, la abuela y yo. Y la abuela gallega en el medio de los dos. Entonces, la nona empezó a chantajearme ... Sí, sí. Chantaje es la palabra justa, la única para contar mi vía crucis infantil. La vieja, con mañas y con promesas de caramelos y chocolatines me llevaba a los cines del centro. Pero no me llevaba a ver las películas de "convoy" ni las cómicas. Mi santa abuela -que Dios la tenga bien conservada en una gran guampa de orín y no me la mande de vuelta nunca más- me metía a prepo, a rastro casi, en el "Gran Palace" o en el "Ariel" y zás: cuando las luces se apagaban me encajaban, sin anestesia, la última película de Joselito. Joselito, con esa voz tan finita que uno llegaba a pensar que le habían cortado aquellos que te dije. *(con rencor)* Y la abuela, con su acento más gallego que nunca, me decía: *(la imita)* "mirá, niño, qué salero tiene esa criatura. Coge la gracia de Joselito. Tú tendrías que ser como él". Dos cosas me sobresaltaron: lo de coger la gracia y lo de parecerme a Joselito. Pero eso fue lo que justo se le puso entre

ceja y ceja a la nona. Bueno, para ser honesto, tendría que decir que se le puso entre la ceja sola, porque todos los pelos se le juntaban formándole una única raya gruesa encima de los ojos. Y sí, se le puso que yo podía, debía, e iba a ser el Joselito uruguayo. Me empezó a vestir como él. A peinarme como a él. Y lo peor de todo: me mandó a clases de canto. Me las daba Aurora Pucheta, la maestra jubilada del barrio. Yo entraba a su casa a las apuradas, con la cabeza gacha y tratando que los otros varones del barrio no me vieran. Pero era inútil. A las 5 de la tarde, a la hora de la clase de canto, estaba la barra en la puerta. Y había que aguantar lo que me decían: "Chau, Carusso", "Ahí va el canario flauta" ... eso era lo más suave. Lo fuerte era: "Todos los que aprenden canto son putitos". Puto yo! Las veces que entré a la casa de la vieja Pucheta con chichones o con la camisa rota por agarrarme a las piñas con todos. Pero una cosa buena tuve con las clases de canto: la profesora no pudo conmigo. Por más que me hacía cantar una y otra vez aquello de la "Campanera" (*canta con su voz ronca:*) "Por qué te vistes de seda? Ay, campanera. Por qué será?" ... la voz de Joselito no me aparecía por ningún lado. La pobre mujer se dio por vencida y, creo que, hasta le devolvió a mi abuela la plata que le había cobrado por adelantado. Para la nona mi fracaso con el canto fue terrible. Desde ese día no sólo dejé de llevarme al cine, sino que jamás me dirigió la palabra. Dejé de ser su nieto preferido. Nadie supo lo que nos había pasado. Fue un secreto entre tres: yo, mi abuela y Joselito. Años después cuando ya de grande, por mi trabajo, tuve que ir a España, estando en un hotel de Madrid, me dio por ojear un diario y una noticia llamó mi atención. Más que la noticia fue el nombre que encabezaba la noticia: Joselito. Temblando, no sé si por la emoción o por los viejos temores, leí la noticia. Suerte que estaba sentado, porque si no caía de culo. (*casi como en un aparte*) Ojo, que la abuela me enseñó que culo no era una mala palabra, que hasta estaba en el diccionario. Pálido, casi sin entender, leí: "Joselito preso en Carabanchel por consumo y venta de drogas". Tuve que leer la noticia como tres o cuatro veces para que me entrara en la cabeza. Y después sí, cuando me entró en el marote, me dio una felicidad tan grande! Y ahí entendí que la justicia tarda pero llega. Joselito preso en la peor cárcel de España. Ole, mi madre! Sin pedir permiso a nadie arranqué la página del diario y en la habitación del hotel la recorté con prolijidad. Al volver a Montevideo fui directo a la casa de la nona. Al verme, la sorpresa de la vieja fue tal, que se olvidó que hacía años que no me hablaba. Y yo, cual aquel tierno nieto de la infancia, primero le di un turrón blando

-porque ya no le quedaba ningún diente- y después deposité sobre la falta de la anciana madre de mi padre el recorte de su Joselito. La vieja, que todavía podía leer sin lentes dijo, con una amplia sonrisa sin dientes: *(imita el español)* "Ah ... noticias de Joselito" ... Fueron sus últimas palabras. A medida que leía la noticia palidecía más y más y parecía como que el corazón se le iba a salir por la boca. Cuando terminó de leer el recorte, murió como un pajarito. Mejor dicho, como un ruiseñor. Esa fue mi reivindicación y el milagro que siempre pedí y supe así que existía una justicia en la tierra para todos aquellos niños que, como yo, fuimos atormentados por tías, madres y abuelas que nos arrastraban a ver las películas de Joselito. *(Apagón con fondo de canción de Joselito)*.

**FIN**

**26 de noviembre de 2005**